

"PORQUE HIERES AL CANTAR"

*Quietud total...
Penetrando las rocas
El canto de las cigarras.*

EL ORIGEN DE ESTE TEXTO

Compartiendo una mesa examinadora con Napoleón "Machingo" Abalos en SADAIC, un día recordamos a Jorge W. Abalos. Le dije que deseaba hacerle una nota desde hacía mucho tiempo. "Machingo" me informó que su primo vivía en Córdoba y que estaba muy enfermo, por lo que era muy difícil que viniese a Buenos Aires. —Tendrías que ir a verlo; es un hombre muy valloso —me decía—. Deberías hacerte un viaje especialmente; mutuamente nos tenemos mucho afecto y mantenemos correspondencia, aunque no demasiado frecuente. Le dije que lo intentaría; que buscaría la forma de hacer el viaje. Lo había conocido muchos años atrás en Tucumán y sería muy grato volver a hablar sobre cosas de la tierra que él pintaba tan bien.

Pero no pudo ser: muy poco tiempo después leí en el diario la noticia de su muerte.

Al encontrarme nuevamente con Machingo en las mesas de SADAIC me entregó varias hojas diciendo: —Esto es lo último que escribió Jorge. Es inédito; iba a formar parte de un libro que posiblemente llegará a publicarse. Lo recibí con su última carta. Ya que no pudiste hacer la nota, la difusión de esto puede ser el mejor homenaje.

Es la respuesta a una solicitud de datos que le hice. Yo había comenzado a hacer un poema con el tema del coyuyo. De repente me di cuenta de que no tenía suficiente documentación sobre el insecto, y recurrí a mi primo. El me contestó enviándome un sesudo trabajo pero además me recomendaba que más que un poema hiciera una canción "como la del "Sapo cancionero" para que el coyuyo tuviera también su canción". Su muerte me sorprendió y dejó anonadado, por eso no pude reaccionar aún para hacer la música.

Este es el origen de "Porque hieres al cantar".

Alma García



SHUNKO

JORGE W. ABALOS LOSADA



Mi animadversión por las hormigas no se origina en el daño que estos insectos producen como plaga, pues en mi condición de biólogo cualquier fenómeno de vida me resulta justificado.

No atribuyo mi tirria a razón alguna digna de psicoanalistas, como podría serlo el haber metido en los albores de mi niñez la pata en un hormiguero, con su urticante consecuencia; mi espíritu de justicia me hace comprender que a nadie le gusta que le aplasten la casa.

Creo que mi ojeriza tiene por origen esa laboriosidad obsesiva de las hormigas, las que parecieran estar echando en cara a la gente el "dulce far niente", pues ellas (las hormigas) ni siquiera respetan, como deberían hacerlo todos los animalitos de Dios, el descanso hebdomadario... por lo menos.

Sospecho que quien me ha inculcado —con intención opuesta— esta inquina ha sido el fabulista galo, con aquello de la cigarra y la hormiga que comienza:

*La cigale, ayant chanté
tout l'été.
Se trouva fort dépourvue...*

Nunca entendí bien el porqué hubo de agarrárselas con el pobre coyuyo, dándole con el blando del hacha, para destacar la laboriosidad obsecuente y antigremialista de la hormiga. Quizá por esto he tenido siempre un interés atento a explicarme la razón del canto de las chicharras, sabiendo que en la naturaleza no tiene vigencia la copla popular:

*No canto porque te quiera
ni pa' que vos me querás.
Canto por andar de vicio,
canto por cantar, no más.*

En la naturaleza, los animales —aunque su accionar sea instintivo— tienen siempre un motivo en su proceder.

Si hemos de guiarnos por la fábula, el canto de las cigarras no es tarea especulativa, sino puro fandango. ¡Craso error! El único bicho que canta por razones estéticas (bueno... no siempre) es el hombre; por eso es que el ingenuo fabulista ha intentado extraer la moraleja partiendo de una posición antropocéntrica preñada de prejuicios. Sería interesante investigar la razón por la cual los fabulistas se la han tomado con la pobre chicharra para inventar sus moralejas (a las que, felizmente, nadie lleva el apunte), basándose en hechos biológicos incorrectamente observados y pesimamente deducidos. Recuérdese "Cicada et Noctua" en la que se acusa a la cigarra de interrumpir con su canto el honesto sueño del búho quien, por sus correrías nocturnas (sobre las que el autor no abre juicio) debe dormir todo el día. Y esto de "quien no se aviene a las leyes de la humanidad paga el castigo de la soberbia" me parece excesivo en el caso.

Si las cigarras no cantaran, muchos milenios atrás hubieran desaparecido de la faz de la tierra. La competencia en el mundo biológico es implacable, cruel, sin concesiones. Quien no devora es devorado. Además, el animal debe crecer y reproducirse.

Muchas veces el secreto está en la palabra misma: "cigarra", así como "chicharra", se origina en *cicada, quia cito caedi*, es decir, que hiere al cantar.

El animal tiene que evitar ser devorado y debe reproducirse... Investigaciones realizadas hace pocos años por especialistas de la universidad de Princeton, Estados Unidos, han develado el secreto del canto de las cigarras.

rras. Los cicádidos se cuentan entre los más ruidosos de los insectos; recuerden el haikai de Bashio, poeta japonés del siglo XVII, que nos sirve de epígrafe: "penetrando las rocas, el canto de la cigarra". El aparato de sonido del macho y el órgano del oído en ambos sexos fue identificado hace ya muchos años, y resultan ser los más notables del mundo de los artrópodos.

Debo acotar aquí que la copla popular que sigue no se ajusta con objetividad científica a la ubicación del aparato sonador de los coyuyos:

*Yo también sabía cantar,
no con caja ni guitarra,
cantar con mi sola boca
como cantan las chicharras.*

(Es claro que los santiagueños sabemos, sin ningún tipo de duda científica o filosófica, lo que la copla expresa; sólo quiero salvar mi prestigio científico).

En un área determinada, las chicharras de especies dadas nacen a la condición de adultos alados en camadas cuya aparición es súbita. Acotemos que algunas de las especies tardan hasta diez y siete años (sico) en alcanzar la condición de adulto que las saca a la luz del sol, pues pasan todos sus estadios de desarrollo bajo tierra y evolucionan, allí enterradas, alimentándose de los jugos de las raíces de las plantas. La vida del adulto alcanza a durar sólo pocas semanas; es por esto que su bullanguera presencia concluye tan rápidamente como comenzó. Como se ve,

aquello de **Yo soy como la chicharra / corta vida y larga fama...**, se refiere sólo a su breve aparición en público.

El mismo Bashio dijo en otro kaikai:

*Canto y muerte
de la cigarra
en el mismo paisaje.*

Aunque en otro poema expresara:

*¡Qué van a morir!
Nada descubre el canto
de la cigarra.*

Las coplas santiagueñas confirman la duración indefinida de la vida de la chicharra:

*Soy lo mismo que coyuyo,
cada año salgo a cantar:
domingo, lunes y martes,
tres días de carnaval.*

*Yo soy como el agua clara
que corre bajo del yuyo.
Aquí te vengo a cantar,
al año, como el coyuyo.*

Quienes arman la **jácara son los machos**. Como nacen varias especies a un tiempo, entremezcladas, el canto simultáneo de cada una de ellas tiene por objeto segregarse para el amor. Emitiendo su canto, los machos se llaman unos a otros y se reúnen en el extre-





mo de las ramas de los árboles, separándose por especies. Luego las hembras responden al reclamo y se les unen, consumándose la cópula. Las experiencias realizadas han demostrado que las distintas especies inmiscuidas tienen un oído de sensibilidad específica para el llamado de los de su raza, y son sordas al sonido de las otras; de modo que no se produce promiscuidad sexual. Dicho de otro modo, aquello de "si te perdés, chiflame" está aquí llevado a lo exquisito.

El lector habrá comprendido ahora que el jacareo de las chicharras cumple una función biológica ineludible para la perpetuación de la especie. Es claro que al mismo lector le cabe ("en este estado", como diría un aséptico notario) el derecho a preguntar: "¿Y para qué pitos nacen a un tiempo, en un área determinada, varias razas de cigarras?". Amigo, aquí está el quid de la cuestión. Aunque un aforismo biológico dice que ante un mismo problema de vida los distintos animales lo resuelven por caminos diferentes originándose así la diversidad de los seres vivos, la naturaleza no arma todo un mecanismo para dar una respuesta complicada a un problema de solución simple; pues con sólo desplazar ligeramente en el tiempo la aparición de los adultos de las distintas especies, lograría su objetivo. Pero no acuse a la naturaleza. Cuando usted no logre interpretar un fenómeno biológico, no lo juzgue. La naturaleza ha recurrido a la aparición simultánea de varias especies para salvarlas de la destrucción; para asegurarles la sobrevivencia.

Otra vez he dejado al lector "sentado al borde de la duda". Pero creo tener derecho a ello: los biólogos han permanecido perplejos durante siglos ante la incógnita.

¿Conoce los pájaros? ¡Es claro que los conoce!, son las bellas, multicolores aves canoras que en las mañanas campesinas nos despiertan con trinos que nos hacen sentir la grata sensación de vida, de pertenecer a un mundo maravilloso... Pero, por un momento, conviértase (sea esto dicho con todo respeto) en un insecto y piense en el enorme pico de un horroroso ser alado y lleno de plumas que viene a engullirlo. ¿De qué mecanismos se valdría usted para salvar su querido pellejo? Porque, aunque uno sea un miserable gusano, nada hay más importante que el pellejo. Los insectos (no pierda de vista que a efectos de la imaginaria experiencia que le he propuesto usted es un insecto) utilizan diversos métodos: la venenosidad a la ingestión, el mimetismo, la dureza de su coraza... son innumerables los recursos protectores. Por su parte, las chicharras han descubierto uno que usted ya lo sospecha... Acertó, es el sonido.

Al registrar la salmodia de las cigarras, los aparatos electrónicos establecieron que la asociación del coreo de las distintas especies involucradas se complementa, cubriendo una gama de sonido que resulta repelente a los pájaros predadores, manteniéndolos alejados del área. Si el lector gusta de refinamientos, agregaré que la algarabía de los coyuyos interfiere, además, la comunicación entre las aves. Sobre la intensidad, diré (para no hablarle de dines por centímetro cuadrado y otras unidades) que los técnicos del laboratorio de investigaciones auditivas que realizaron el trabajo debieron turnarse con frecuencia en la tarea, pues la acción sónica del área les provocaba, a los pocos minutos de estar sometidos a ella, silbidos en los oídos, mareos y aturdimiento que duraban horas.

¿Ha quedado satisfecho? No. Luego de haber absorbido el impacto de la maravilla ésta del mecanismo que le he descrito, usted se plantea nuevamente la duda: "Entiendo la protección que la Naturaleza presta a estos insectos; pero... ¿es que hay hijos y entenados? ¿Cuál es el destino de esos pájaros que se alimentan de ellos?"

Con la suficiencia de zoólogo que me resta (aunque me estoy quedando en llanta) aún puedo responderle: En los días nublados en que la temperatura ambiente desciende, los insectos no pueden cantar y los pájaros hacen su agosto; además, a la mañana temprano y en la tarde, luego que el sol entra, hay un período en el que los coyuyos no pueden poner en marcha sus "rompeoídos" y son también presa de las aves.

La Naturaleza, la sabia Naturaleza equilibra esta pérdida con una superpoblación compensadora de cigarras. A propósito, ¿conoce el lector el significado de la palabra **proletario**? Pero dejémosnos de disquisiciones que exceden nuestra área de trabajo. ¿Satisfecho con la explicación zoológica?

Ya veo que le queda una duda. Le confieso que yo también la tengo: siendo el equilibrio biológico —como acabamos de ver en este pequeño ejemplo— un mecanismo de tan extraordinaria precisión y delicadeza, ¿tiene el hombre derecho a alterarlo sin medir bien los riesgos?

Y termino esta nota porque no quiero exponerme a que el lector, cansado ya con mi zumbo, me salga con la copla aquella que comienza:

*Dejá de cantar, chicharra,
que ya m'estás atontando...*

Jorge Washington Abalos

Jorge W. Abalos



Diálogos Zoo-folkloricos

COPLERO POPULAR

INTRODUCCION

La copla, breve y densa composición poética de creación anónima, es una manifestación del alma del pueblo que con precisión y agudeza formula una reflexión. La copla es el florecer de una suma de conocimientos que estalla en cuatro versos:

*En esta vida prestada
que es de la ciencia la llave,
quien sabe salvarse, sabe,
y quien no, no sabe nada.*

Las coplas se cantan con acompañamiento de caja y de guitarra. Este último es el instrumento más popularizado en nuestro país; en pocos hogares está ausente. La

técnica indica que mejora el sonido colocando en el interior de la caja un cascabel de vibora. No resisto a la tentación de dar esta sabrosa copla:

*Guitarrita de pino,
cuerdas de alambre,
cuando suenan las chicas
braman las grandes.*

Con su rítmico sonsonete, la caja suele también acompañar las coplas. En la noche norteña con calor de arroje, en un "silencio poblado de mil pequeños ruidos" del bosque, el tum... tum... tum... obsesionante de la caja está henchido de mensajes. El golpe sobre el parche retumba con dulzura en la oquedad del vientre de la caja; cuando comienza a agotarse, otro golpe lo recoge, el sonido se carga y se prolonga... y así otro... y otro... y otro... Puedo escuchar emocionado, durante horas, la caja lejana; su sonido primitivo, de sabor indio, pareciera ofrecerme la esencia descarnada de la música.

Ya lo han visto... no seré capaz (nunca lo seré) de tratar un tema popular con pretensiones técnicas. Cuando penetro en el mundo de las coplas sólo puedo sentir las emociones que ellas despiertan. Prefiero decirles de coplas populares, mostrarles las que tengo anotadas en mi "Libreta de Cantos", una más de esas que circulan en nuestra campaña sobadas por las manos de quienes han bebido en ellas las coplas que así y por tradición oral se difunden enriqueciendo el saber popular.

Quiero mostrarles algo de mi libreta de cantos; ella guarda coplas anotadas a lo largo de años. He seleccionado mil de las que me resultan más ingeniosas, más delicadas y, también, las que me han hecho pensar más. Muchas, muchísimas de estas coplas son producto de un juego mantenido con los chicos de la escuela rural santiagueña, aquella en la que fui hace ya un tercio de siglo director, maestro y compañero; pero... déjenme contarle a mi manera:

Quedo de una pieza. Los chicos festejan alborozados el triunfo de Shiba. Joshela se acerca; con un palito marca diez rayas a mis pies y se queda mirándome. Me dirijo a mi habitación a traer el importe del premio. Algunos chicos me siguen, riendo y saltando. Traigo un crujiente billete de cincuenta centavos y se lo entrego a Shiba entre silenciosas muestras de dolor. Josefina me toma la mano y me comenta:

—Te han embromado los chicos, ¿qué no, señor?

Yo muestro cara compungida y asiento.

Acompañado de algunos changos, Shiba va hacia el almacén ubicado sobre el camino. Cuando regresa, trae diez dorados panecillos franceses. El pan se reparte salomónicamente en mitades. Shiba me ofrece un trozo; se lo acepto, y todos nos sentamos a tomar el jarro de mate cocido que las chicas han preparado.

Ernesto, que había comenzado a trepar al algarrobo del patio para hacer una monería, se desarbola viniendo al suelo. "Cayó como higo maduro", comenta Gunsha. Todos nos reímos. Entre dolorido y avergonzado, Ernesto se sacude la ropa. Cuando se acerca, la Cunshi le ofrece su trozo de pan y el humeante jarro de mate. Ernesto acerca su nariz al recipiente y luego de aspirar los vahos entorna los ojos expresando, aparatadamente, infinita satisfacción.

—Te vendo versos, señor... —propone Amashu.

—Bueno.

Ya uno de los chicos ha ido a traerme una silla. Otro saca del escritorio del aula la "Libreta de Cantos" y me la entrega. Elías desprende del ojal de su guardapolvo el deshinchado piojín y me alcanza el tercio de lápiz (yo, a quien la ciencia incipiente comienza a deformar el seso, veo en esa cola que arrastra el lápiz la membrana ondulante y el flagelo de un tripanosoma de la enfermedad de Chagas).

Los chicos se acercan y nos rodean. El Imán de las coplas barre el patio y centra las limaduras en un polo.

Amashu Gómez tiene grandes ojos negros, tristonos, orlados por rectas pestañas. El pocas veces ríe. Amashu recita los dos primeros versos:

*Aquí está este pobre mozo
como espinas de un tunal.*

Se detiene y me mira. Todos los chicos me miran. Le indico con un movimiento de cabeza que siga, pues no tengo registrada esa copla. El continúa:

*Por una prenda que quiero
me han sentenciado en el mal.*

Anoto la copla. Los chicos aprueban satisfechos. Algunos de ellos la copian en sus cuadernos. Joshela marca una raya en el suelo.

Las coplas se continúan. Amashu recita la primera parte, se detiene y me mira. Yo asiento. Amashu recita el resto. Joshela marca otra raya en el suelo.

Amashu cierra su cuaderno y me mira con sus grandes ojos "pestaña de suri". Voy a mi cuarto y traigo sesenta centavos, importe de las doce coplas nuevas que ha aportado a mi colección. Amashu coloca las monedas en su pañuelo y aprieta un cuidadoso nudo.

Antu Castaña me propone:

—Te vendo un verso.

Los chicos se acercan. Cuando Antu interviene en algo, la cosa es para divertirse. El comienza:

*Yo no canto en el fandango
porque mi china no quiere.*

Antu se detiene y me mira con cara picara. Yo completo la copla y, así, la invalido:

*Ella dice que cantando
enamoro a las mujeres.*

Antu —es parte del juego— pone cara desolada y se retuerce todo, entre alharacas de dolor. El tipejo tiene gracia. Los chicos celebran las habilidades histriónicas de Antu.

—¿Alguna de las chicas tiene versos para decir? —suelto sin pensarlo.

El grupo de chinitillas se encoge. Todos me miran con sorpresa. Yo intuyo la crítica y salgo del paso agregando irónico:

—Las mujeres cantando... ¿Dónde se habrá visto?

Los chicos aprueban. Yo he aprendido algo más. Para demostrar soltura, agrego:

*Oiga mi amigo cantor,
una pregunta le haré:
El diablo, pa' Santa Fe,
¿en qué caballo se fue?*

Algunos chicos copian los versos en el cuaderno. Yo desafío:

—Cincuenta centavos a quien dé la respuesta.

Los ojos brillan. La verdad es que les estoy haciendo trampas, pues no hay respuesta. Los chicos me miran. Shiba Ledesma (Shiba pocas veces habla) se destaca del grupo y se adelanta:

*Oiga mi amigo cantor
la respuesta la daré:
El diablo, pa' Santa Fe,
en un tordillo se fue.*

JORGE W. ABALOS:

LA ESCUELA, LOS BICHOS, LAS COPLAS

Jorge W. Abalos había nacido en La Plata en setiembre de 1915. Una primavera cordobesa, la del año pasado, moría a los 64 años. Era vicepresidente de la SADE —reconocimiento de sus pares, los escritores, a una obra extensa y singular—; era, también, una autoridad en zoología argentina, todo el bichero tradicional y plagas y azotes venenosos. Lo literario y lo científico se empalmaban en una única vocación docente que presidía todos los escritos, como si fueran los dos extremos de un continuo que se balanceaba alternativamente hacia uno u otro polo.

Pero además —de una vez y para siempre— fue maestro rural en Santiago del Estero, donde se crió y estudió en su juventud para recibirse en 1933. Llegó a ser Director de Escuelas Rurales de la provincia. Pero la experiencia definitiva que lo marcó fue aquella primera escuelita de monte, entre los chicos "shalacos" —ribereños saladineros (del Salado intermitente...)— donde se hizo maestro, donde conoció a Shunko...

"A los 17 años fui destinado, como maestro de escuela, a cierto caserío del chaco santiagueño. Allí, viviendo en ese paisaje sin paisaje, compartí el dolor de esa vida dura, bava y honesta de la gente campesina de la región. La bondad, el sentido de solidaridad humana que tienen esos hombres, me hicieron sentir que ése era un mundo que debía conocer. No fue un frío razonamiento sino un impulso emotivo lo que me condujo a vivir allí", ha explicado alguna vez.

Shunko es, tal vez, su obra maestra, la que hizo trascender el nombre de Abalos al conocimiento del público, sobre todo a partir de la memorable versión cinematográfica que hizo Lautaro Murúa. Pero no es solamente una novela magistralmente escrita. Es el testimonio casi catártico de alguien que ha vivido experiencias definitivas: "Cuando me alejé de la escuelita entreví la figura de Shunko. Suelo tener la sensación de que la novela fue escrita por un sentimiento de culpa, como expiación por haberme ido de un lugar donde tanto había que hacer y donde la vida era tan dura".

El itinerario posterior lo llevó a radicarse en Córdoba y allí residió casi ininterrumpidamente hasta su muerte. Sus actividades científicas lo ubicaron como docente en las universidades de Córdoba y Tucumán —profesor de Zoología Forestal— y en distintos organismos: director del Instituto de Medicina Regional de la Universidad de Tucumán, donde se le otorgó en 1950 el título de doctor honoris causa en Ciencias Biológicas; director del Instituto de Animales Venenosos de Santiago del Estero; director del Instituto de Medicina Regional de Tucumán y director del Serpentario del Centro de Zoología Aplicada de la Universidad Nacional de Córdoba.

Un saber aplicado a la salud de la población, una vocación docente canalizada hacia los sectores más postergados, una tarea literaria que echa raíces a la necesidad de manifestar experiencias hondas: "En realidad, nunca creo cuentos. Escribo sufriendo. No soy un inventor; soy un narrador que se basa en hechos reales que me han emocionado. Escribo sólo sobre lo que me duele".

Pero es un dolor decantado en objetividad, en humor, en sobria inteligencia expositiva que no impide la crudeza: "¿Por qué he dado vida a Shunko? Porque no lo conoces y quiero que sepas que existe —dice en el prólogo al lector de su libro—. Y si a través de estas páginas descubres que tiene problemas, que sepas de esos problemas; algún día quizás esté en tus manos aliviárselos... Quiero honestamente advertirte que no debes suponer que ese maestro que verás en las páginas del libro sea yo; ése es el maestro que yo hubiera querido o, mejor, que yo hubiera debido ser".

Ese honesto narrador de realidades argentinas, rastreador de bichos infecciosos, cazador de coplas, dejó una obra extensa: **Shunko, Norte pencoso, Cuentos con y sin víboras, Animales, leyendas y coplas, Zoología (texto de estudio), Noroeste, ¿Qué sabe usted de víboras?, Terciopelo, la cazadora negra, Jubuti, la tortugueta, Coplero popular (antología), Lapachos, Manes familiares y Don Agamenón y Don Velmiro.**